

Página literaria

Miguel Carcasona nació el 9 de julio de 1965 en Sangarrén (Huesca). Es autor del libro *En el arcén de la costumbre* (Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 1998), con el que logró el XI Premio Santa Isabel de Portugal, de Poesía. Entre otros premios y menciones, ha obtenido un Accésit en el XIV Concurso de Poesía Ciudad de Zaragoza. Ha publicado poemas y relatos en diversos volúmenes colectivos o en revistas como *Rolde*.



n] No, no hizo bien Perico de Anzano en probarme aquella tarde en el huerto, sin haber necesidad, porque uno no fanfarronea como él, pero tampoco esconde la cara si lo comprometen, y menos después de lo que había pasado la noche anterior tomando la fresca, cuando me trató de mentiroso delante de los mesaches por contarles cómo espanté a la bruja. En el pueblo somos cuatro casas y nos conocemos de sobra, por eso no entramos a pleitear menudencias con los Anzanos, que de siempre han sido unos estirados a los que no se les puede llevar la contraria; nadie les tiene miedo: cuando se ponen farutes, se les ignora y punto. Y es que hasta aquel día, la verdad, nunca había pasado nada grave, quitando algún pleito de lindes y alguna borrachera para las fiestas. Pero ellos debían pensar que si nos asustaban, y a lo mejor por eso Perico quiso probarme en el huerto, y antes, para calentarme, volvió a llamarme viejo mentiroso, como la noche anterior, por lo de la bruja.

Lo de la bruja me sucedió de joven, una tarde en que charrábamos unos cuantos en la plaza y se nos fue acercando un perro con las orejas cachas hasta plantarse en medio del corro, observándonos a todos sin moverse, como quien llega a un sitio para decir algo pero no encuentra las palabras. Al principio nos cogió de sorpresa; nos mirábamos unos a otros y nos preguntábamos de dónde había salido. Luego empezamos a hacerle gracietas, a ver si se volvía o manseaba, porque era forastero, y a los forasteros hay que tantearlos un poco antes de darles confianza. Pero el animal ni se inmutaba, como un forastero que llega a un pueblo y escucha en silencio a los del lugar, para saber si podrá fiarse o no en esa tierra extraña; eso sí, nos echaba unas miradas tan fijas que casi daban miedo. Así seguimos un rato, hasta que Pablo de Laborda, siempre tan ezpeleto, dijo:

— Este bicho es muy raro. No'jará de ser a bruja.

La malnacida lo oyó, girando la vista hacia él; al sentirse descubierta, soltó un gruñido y empezó a dar vueltas y vueltas y a cre-

Y VAN PARA CINCO AÑOS

Miguel Carcasona

Ilustraciones: María Peguero



cer hasta volverse del tamaño de un hombre. Todos se espantaron y emprendieron a correr, pero yo, que aunque no soy un fanfarrón nunca escondo la cara, saqué la navaja y me le planté enfrente, gritándole.

— ¡Bruja, reza si sabes porque te voy a degollar!.

No hizo falta más. En cuanto se vio acometida, lanzó tal ladrido que temblaron las paredes y en un momento, con la cola, levantó una polvareda como nunca en mi vida la había visto, y mira que soy viejo y he conocido polvaredas. Yo me quedé un rato ciego, cortando el aire con la navaja por si se le ocurría atacarme, pero al clarear estaba más solo que la una y de la bruja no quedaba ni el olor.

Esto les contaba a los mesaches la otra noche, tomando la fresca. En esas llegó Perico y, al enterarse de lo que había narrado, me trató de mentiroso y de viejo con la cabeza ida, delante de todos. Yo, como nunca pleiteo menudencias con los Anzanos, le contesté que ya me cansaba de oír mamarrachadas, cogí la silla y me entré para casa. Por eso debía pensar que le tenía miedo y ni se incorporó cuando lo pillé robando en el huerto. Yo estaba en casa, sacando el agua del laco, cuando pasó Juan de Orús con las ovejas, y sin pararse me dijo:

— Tienes a Perico de Anzano dentro del huerto.

Enseguida subí por la escopeta y marché para allá, sólo con la intención de cantarle las cuarenta y despacharlo. Al llegar, el muy borde ya había llenado un par de sacos y comenzaba el tercero, arrasando con todo lo que pillaba.

— Perico, deja eso y vete en paz, que no quiero llenarte el cuerpo de perdigones.

Ni caso. Seguía encorvado, colmando el saco sin mucha prisa. Cerré la escopeta y liberé el seguro. Al oírlo levantó la vista, comprobó que le apuntaba y soltó una carcajada mientras se ponía firme y se abría la camisa.

— Dispara si los huevos no te chochean tanto como la cabeza, viejo cuentista.

Lo decía con la voz pausada, como si no estuviera fanfarroneando otra vez; con un gesto medio invitando, medio socarrón, el mismo gesto que se le apoderaría poco después del rostro, al darse cuenta que tenía el pecho destrozado por el cartucho y se moría. Primero fue la sorpresa, a la par que el ruido del disparo y la quemadura. Luego, el encontrarse largo en la tierra, con un dolor intenso y sin alma para levantarse. Se miró el pecho rojo y abierto, como el de una matacía, y debió sentir miedo o que las fuerzas se le escapaban sin remedio, porque durante un momento en la cara se le mezclaron pánico y rabia e intentó un último esfuerzo por incorporarse, concentrando la poca vida que le quedaba en los brazos y el cuello hasta conseguir elevar la cabeza un palmo, mirarme como quien fulmina a distancia, si con el pensamiento se mata, y volver a caer definitivamente sobre la tierra. Fue entonces cuando puso ese gesto socarrón con el que se murió. Tras disparar, yo me fui acercando poco a poco, atento a cada espasmo; cuando llegué a su altura ya tenía un pie en el otro lado, por no decir los dos, y sólo aguardé a la última expiración para cerrarle los ojos, porque dejar a un muerto con los ojos abiertos es mayor crimen que haberle quitado la vida. Me eché la escopeta al hombro y volví para casa. Por el camino anduve pensando en tirarme al monte, a ver si alcan-



zaba Francia, pero eran muchos kilómetros y pronto cumpliría los setenta; además, a mis años no pintaba nada en Francia: ni entendía el idioma ni tenía edad para que me dieran trabajo allí; y puestos a sufrir, prefería hacerlo cerca, donde por lo menos conozco a la gente. Decidí entregarme. Al entrar en casa, la mujer vio el semblante que traía, intuyendo que nos esperaban malos años.

— ¿Lo has matado?.

— Sí.

— El que tienta al fuego, se acaba quemando. ¿Qué vas a hacer?

— Entregarme en el cuartelillo.

Se fue a la habitación, en silencio, y comenzó a llenar una maleta con mudas y algo de comida; cualquiera sabe que el rancho del presidio nunca es abundante y no quería que enfermara por la debilidad. Me acompañó hasta la calle y nos despedimos.

— Cuando venga, dile a Joaquiner que evite a los Anzanos si le buscan bronca; con una desgracia ya es suficiente. Además, tiene que cuidarte si te sucede algo.

— No te preocupes.

Antes de volver la esquina aún me giré para verlas a ella y a la casa.

— Si te dejan en Huesca, iré a llevarte comida y ropa cada semana.

Decía mientras agitaba la mano levemente alzada. Desde entonces ha cumplido su palabra y todos los viernes coge el viajero para visitarme de cuatro a seis. Al guarda debemos darle pena, tan viejos, y nos permite juntarnos en el locutorio más tiempo que a los demás reclusos.

Y van para cinco años de encierro. ■